

PRETEXTOS

de Andrés HENESTROSA

meramente histórica, sino a una más profunda que permita advertir cómo se revuelve el espíritu de los paladines de un pueblo, cuando este pueblo necesita romper las barreras que impiden su desarrollo económico.

E. L.

WILLIAM FELLNER, *Oligopolio, Teoría de las estructuras del mercado*. Fondo de Cultura Económica. México, 1953. 297 pp.

En los 11 capítulos de este libro, el autor desarrolla un complejo examen de varios temas y teorías que guardan relación con las estructuras del mercado.

Considera Fellner que la teoría del valor, tal como suele presentarse, no logra dar una explicación "suficientemente real" de la formación de los precios dentro de las economías industriales de la época actual. La teoría monetaria y la de ocupación han podido ser llevadas a una mayor aplicabilidad, porque las investigaciones que estas teorías despliegan registran sólo datos generales, pero la teoría del valor precisa captar, fundamentalmente, los datos individuales y las relaciones tendidas entre ellos.

Piensa también el autor que las principales limitaciones de las teorías generales sobrevienen porque estas teorías no prestan la atención que merecen a los efectos causados por los cambios individuales y, aunque pueden llegar a ciertas conclusiones independientes, las teorías generalizantes tienden así a caminar de algunas "magnitudes totales" a otras también totales, como si el mundo de los totales y el de lo individual no tuvieran relación de ninguna especie.

Fellner cree que la teoría del valor puede adquirir consistencia cuando, con el tiempo, se disponga de suficientes datos empíricos particulares como para hacer ya un análisis que prometa más firmes resultados.

No se intenta en el libro, como advierte el mismo W. F., solucionar las dificultades de la teoría del valor, pero sí se trata, en cambio, de examinar algunos problemas elementales de la teoría del valor, desde un ángulo que permita considerar los defectos que acarrea a los investigadores el uso de los métodos acostumbrados.

El autor concluye diciendo que le parecen prematuras las predicciones pesimistas (las de los seguidores de Marx, por ejemplo) alrededor de la futura efectividad de los sistemas vigentes en las democracias occidentales, porque tal posición "decide de modo desfavorable un punto todavía indeciso". Fellner encuentra que las instituciones existentes pueden ser modificadas para adecuarse al curso de las nuevas necesidades.

E. L.

LEOPOLDO ZEA, *La conciencia del hombre en la filosofía*. Cultura Mexicana, Vol. 4, Imprenta Universitaria. México, 1953. 329 pp.

La conciencia del hombre en la filosofía es una propedéutica filosófica. Desde el punto de vista de unos prolegómenos a esta Ciencia ofrece varias peculiaridades dignas de atención. La filosofía se encuentra incrustada en el tiempo, sufre todas las vicisitudes de la historicidad: no hay, como ingenuamente se nos ha dicho con frecuencia, una regularidad tan insistente en la historia de la filosofía que

LAS palabras se las lleva el viento, dice la sabiduría popular. Son aire, y van al aire, dice el poeta. Y no son meros decires, o dices, como también se suele decir. Como las aves, como el humo, como las nubes, las palabras vuelan, caminan, cruzan los mares, traspasan las montañas, atraviesan las llanuras, hasta que encuentran techo y pecho para anidar. Y ahí se quedan. Nadie sabe cuándo llegaron, nadie oyó el batir de sus alas sobre los tejados, pero de repente se las encuentra en la calle, en el mercado, entre los niños que juegan en el patio. ¿Quién si no el viento las trajo? Porque el lugar está incomunicado, la llanura, de tan grande, se pierde, la sierra gigantesca. El viento, sólo el viento pudo ser. El pueblo es indio y no habla sino lengua india. Y esas palabras son forasteras, peregrinas, advenedizas; no pudo inventarlas el pueblo. No cabe duda: las aprendió el viento.

Y las palabras se quedan ahí. Las gentes las aprenden de memoria, sin saber qué significan. A veces se olvidan, parece que se van. Pero no hay tal. Y si las hay parecidas en tierras lejanas, no es que se fueron de aquí, sino que, compañeras de viaje, volvieron más.

Cuando encuentran hermanas, dan a luz palabras; cuando no, apenas un leve trastorno padecen. Si se casan con las voces nativas, dan a luz unos hijos que tienen dos caras: castilmax, canoa de Castilla, barco, si la unión fué entre el español y el huave; mixà xandù, misa, santo, si lo fué con el zapoteco.

No digas, pues, que tal palabra, tal melodía, tal copla, no se conoce en tu pueblo, porque el día menos pensado a la vuelta de una esquina, topas con ella. Si no fuera de ese modo, ¿cómo pudo ocurrir que una persona que pretende conocer todo lo de su tierra, se lleve sorpresas como las que yo he llevado? Miren si es o no sorpresa encontrarse en boca de un anciano, sin letras, sin lengua española, esta cancioncilla memorizada en la niñez de boca de sus abuelos, quienes a su turno la aprendieron de los suyos, como yo la enseñé a Cibeles y ella lo enseñará a sus hijos.

*El santo de mi pueblo
hoy es el día
hoy es el día,
y hay que solemnizarlo
con alegría
con alegría.*

*Porque no en balde,
porque no en balde,
que os diviertáis mucho
dijo el alcalde,
dijo el alcalde.*

*Que os diviertáis mucho,
dijo el alcalde.
Anda, salero, que se te ve,
bajo las alas todito el pie.
Anda, salero, que se te ve,
bajo las alas todito el pie.*

Y que yo traslado a Vicente T. Mendoza, para que establezca cómo y cuándo pudo haber llegado al Istmo de Tehuantepec, y permitió que Emilio Torcuato Ríos, tras de olvidarla medio siglo, un buen día la cantara.

hiciera de ella una especie de gigantesco silogismo en el que los primeros filosofemas —concepciones jónicas en nuestra cultura occidental— fueran la primera premisa; los subsiguientes, la segunda, hasta que se hallara la conclusión verdadera. No, el problema es más complejo. Hay filósofos que no sólo no se sitúan en el cauce considerado por la tradición como progresista, sino que, rompiendo por completo con este cauce, hacen suyos otros problemas, otros métodos, otras soluciones. Esta Introducción tiene la enorme ventaja de ordenarnos, con un criterio histórico y humanista, el material caótico que la historia nos brinda. Zea trabaja su obra como una novela en que los conceptos son personajes y en que la sucesión

temporal es la trama —unas veces dramática, otras angustiosa— de esta biografía de la conciencia del hombre en el mundo filosófico. La Introducción tiene tres personajes importantes: el hombre, el mundo y Dios. Capítulos hay en que hombre, mundo y Dios mantienen buenas relaciones; pero, en otros, el hombre, enamorado de Dios, desdeña al mundo y entonces surge un episodio de pasión que culmina en el homicidio del mundo, como en el caso de esa línea de pensadores que va de San Agustín, pasa por los franciscanos de Oxford —Escoto, Ocam— y desemboca en el Pascal de la segunda época: el Pascal jansenista, el que no quiso geometrizar su corazón. En otros pasajes la tragedia es inversa: el hombre enamora al

mundo y mata a Dios. Spinoza, Hobbes son un ejemplo de ello. Pero las situaciones más trágicas son, tal vez, aquellas en que el hombre ama, a un tiempo, al mundo y a Dios. Pero debemos comprender, con una sana razón escolástica, que el tercero debe ser excluido: el triángulo nos conmueve no sólo en las tablas. El hombre le pone cuernos a Dios, o se lo pone al mundo. Entonces surgen soluciones dramáticas: la fe, para amar a Dios; la razón, para conquistar al mundo.

Zea no olvida, como buen ordenador, como hábil novelista filosófico, a sus personajes. Si ha pintado a los escépticos antiguos como la consecuencia natural de la crisis del mundo grecorromano, al surgir el escepticismo de Cartesio, nos hará notar que es el producto de otra crisis: la escolástica. El escepticismo es el bátese el telón de una época. Si, al hablarnos del escepticismo nos dice que "las tres filosofías buscan la felicidad y la encuentran en una renuncia", muchos siglos después nos encontramos, al hablar el autor de las ideas de Hobbes, que "a diferencia de los antiguos sabe Hobbes que la felicidad no consiste en lo que éstos creían, en una renuncia a actuar sobre el mundo exterior, en un negarse a la acción, sino en todo lo contrario, el hombre es feliz en la medida que actúa". Son personajes que tienen, como se ve, una vida bastante larga, quizás eterna; pueden cambiar su posición —ser o no una renuncia—; pero vuelven a surgir, siglos de hojas después, en la historia.

E. G. R.

MARTÍN HEIDEGGER, *Kant y el problema de la metafísica*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 210 pp.

Esta obra, escrita en 1925-26 y publicada en 1929 "se originó —como explica Heidegger en un breve prólogo—, en conexión con la primera redacción de la segunda parte de *El Ser y el Tiempo*". Alcanzó, con una celeridad asombrosa, un éxito sensacional porque revolucionaba la exégesis de la obra kantiana. La interpretación tradicional, recogida por las escuelas neokantianas de Marburgo y Baden, era la de que Kant, en su *Crítica de la Razón Pura*, había centrado toda la problemática filosófica en la gnoseología, en la crítica del instrumental cognoscitivo, realizándolo en detrimento de la *metaphysica generalis* que Baumgarten, bajo la influencia de Leibniz y Wolf, definía como "la ciencia que contiene los primeros principios de lo que el conocimiento humano aprehende". En este sentido se había interpretado la "revolución copernicana" de que habla el propio Kant. Revolución que le parecía al de Königsberg semejante a la suya. Heidegger, en este estado de cosas, se lanza abiertamente contra esta opinión de los intérpretes kantianos y dice: "La *Crítica de la Razón Pura* nada tiene que ver con la 'teoría del conocimiento'." Y prosigue "al plantear el problema de la trascendencia no se reemplaza una metafísica por una 'teoría del conocimiento', sino que se interroga acerca de la posibilidad interna de la ontología". Heidegger afirma que "la verdad óntica se orienta necesariamente hacia la verdad ontológica. Esta es, en un nuevo sentido la interpretación legítima de la 'revolución copernicana'." Esta interpretación inusitada acorde con la preocupación ontológica y metafísica de Heidegger, es como se ha dicho, una exégesis

revolucionaria, tanto es así que se ve uno tentado a darle el nombre de la "revolución copernicana" de las interpretaciones de la Crítica de la Razón Pura.

En *Kant y el problema de la metafísica* se evidencia la obsesión heideggeriana en lo que se refiere a la ontología fundamental. En realidad, que Kant haya dado preeminencia a la *metaphysica* (no a la *generalis*, sino a la *specialis*) o a la gnoseología, resulta sumamente ambiguo. En la obra kantiana las dos disciplinas están de tal manera imbricadas que decidirse a interpretar a Kant aduciendo que la "revolución copernicana" estriba en su posición gnoseológica —como lo hacen, verbigracia, los marburgueses— o en su posición metafísica —como lo hace Heidegger— es algo que carece de sentido porque una cosa reenvía a la otra. ¿Cómo dejar de percibir que el ser tiene que pasar por el conocimiento? ¿Cómo dejar de advertir que el conocimiento participa del ser, siendo que podemos hablar del conocimiento del ser y del ser del conocimiento? Pero, fuera de esta objeción, la obra de Heidegger tiene el gran mérito de aunar a Kant precisamente con el problema de la metafísica.

E. G. R.

ADALBERTO NAVARRO SÁNCHEZ, *El sueño berido y otros poemas*. Ediciones Et caetera. Guadalajara, 1953. 72 pp.

Navarro Sánchez ofrece un nuevo volumen de poemas cuidadosamente impreso, pero sigue en él sin ofrecer ninguna novedad expresiva; sigue siendo por igual pulcro y aliñado como en sus libros anteriores, que ya lo revelaban como trabajador incansable de la disciplina poética. Hoy como ayer ensaya todos los acentos, todos los esquemas métricos, desde el soneto hasta el verso libre, prosaico y coloquial. Hoy se ampara principalmente a la sombra de San Juan de la Cruz, e igual que el poeta español pretende darle a su obra un carácter sensual y místico. Aunque la técnica limpia y sin gritos extrartísticos pueda parecer a algunos anémica, sin vida, esto no impide que su obra siga gustando entre los adeptos al arte formal en exceso y al día.

C. V.

MANUEL RAMÍREZ ARRIAGA, *Espinas y espinelas de Dios*. En Tiempo de Cuadrante. Universidad Autónoma de San Luis Potosí. San Luis Potosí, 1953. 56 pp.

Dice Ramírez Arriaga que la lectura de las *Décimas a Dios* de Guadalupe Amor le impulsó a escribir su libro; dice, también, no saber si coranta, glosa o replica, al libro que le sirvió de estímulo. Mas parece que escribió con un propósito epistolar. Esto ya no se usa, la poesía ha tomado caminos más serios. El autor intenta aclarar a su corresponsal el concepto de Dios, pero nada logra ni sensible ni intelectualmente, a no ser un pasatiempo inofensivo: en vez de espinelas cosechó espinas.

C. V.

ALFREDO CARDONA PEÑA, *Recreo sobre las barbas*. Bajo el signo de Abside. México, 1953. 24 pp.

En la poesía del siglo pasado y principios del presente estuvieron de moda las cartas rimadas, los

poemas satíricos; así, con o sin motivo se acostumbraba rimar. En estos tiempos ese tipo de poesía no encuentra cultivadores ni público lector. Pretendiendo la trascendencia, los poetas evitan los motivos baladíes. Cardona Peña, versificador hábil y prolífico, tiene el tiempo necesario y la amplitud de criterio indispensable para atreverse a abordar asuntos domésticos, haciendo gala de un buen humor desconocido en nuestro medio. Como lo da a sospechar el título, el poema es una burla a todos los hombres barbados que han tenido algún renombre en la historia. Al través de su recorrido cronológico llega a formular las bases de una psicología sobre las barbas. Este libro se recomienda sin reservas a los aficionados a la poesía bufa.

C. V.

MARÍA LUISA HIDALGO, *El ángel angustioso*. Segunda edición, corregida. Ediciones Et caetera. Guadalajara, 1953. 40 pp.

Ignorando la existencia de la primera edición de este poema, hago referencia a la segunda, sin poder afirmar si las correcciones lo depuran. La autora elige el tema de los ángeles sin aportar nada personal. El primer ángel que aparece es el ángel de la muerte, quien encausa lógicamente el poema a reflexiones tristes. Viene después el ángel de la tierra acompañado de un séquito de angelitos decorativos; este ángel no se define tradicionalmente, parece ser una divinidad griega. Vuelve, por último, el ángel de la muerte haciendo derroche de galas librescas. Ya ha pasado el tiempo de tomar versos de aquí y de allá, de confeccionar en vez de crear poemas.

C. V.

PEDRO GARFIAS, *Río de aguas amargas*. Guadalajara, 1953. 96 pp.

Cuando un poeta escribe lejos de los "ismos" y no es anacrónico ni inculco evidencia una originalidad verdadera. Pedro Garfias presenta en este libro como poeta libre de todo influjo; personal. Su comunicación es directa; en vez de eludir, alude. Se dirige más al sentimiento del lector que a su mente. El motivo central de esta colección de poemas es el hombre, su trágica condición pasajera. Garfias no busca sus temas fuera de sí, sino que son producto de su vivir espontáneo, desaliñado. Garfias es en este libro un poeta desigual pero que aun en su caída revela al poeta de calidad.

C. V.

MARÍA AMPARO DÁVILA, *Meditación a la orilla del sueño*. San Luis Potosí, 1954. 60 pp.

La autora de este poema gusta y escoge las imágenes más simples, los tropos menos complicados; con unos cuantos sustantivos: la ceniza, una rosa, un cisne, el agua, un pájaro, y unos cuantos adjetivos calificativos más, completa el material idiomático de su librito de poemas. La tónica de su obra tiene un suave tinte de melancolía; un tono menor de mansa feminidad en desacuerdo con la vida, sin llegar nunca al lamento indiscreto. En demérito de sus cualidades expresivas el poemario no nos ofrece ningún tipo de sensibilidad definida; es tan pálida su queja que no

se puede saber con certeza el por qué de su inconformidad. Como otras muchas poetisas mexicanas, padece el defecto de no saber precisar su mundo. Y cabe preguntar: ¿El amado a quien canta es humano o divino?

C. V.

MARÍA AMPARO DÁVILA, *Perfil de soledades*. San Luis Potosí, 1954. 60 pp.

De *Meditación a la orilla del sueño* a este libro sólo hay dos meses de diferencia en la fecha de publicación. Asimismo hay poca diferencia en el tono y en los pretextos expresivos. Al presente libro se le puede aplicar lo mismo que dije del anterior; con iguales páginas, cuenta con un número más crecido de poemas, y como es natural, de metáforas e imágenes. Los poemas mejor logrados son *Perfil de soledades*, *Ambito del silencio*, *Cuando despierta el tacto*, *Tránsito del olvido* y *Nocturna elegía*.

C. V.

FELIPE MONTILLA DUARTE, *Ofrenda del caminante*. Colección de Poesía. Ediciones Humanismo. México, 1953. 144 pp.

En este primer libro el autor reúne numerosos poemas en cinco secciones, más una ofrenda final y un prefacio, ambos rimados. En la primera parte, *Peregrino en ruta*, el poeta narra, en diferentes acentos, las varias impresiones de los años vividos; es obvio que lo anecdótico predomine. En *Estación de sonetos* se vale de esta forma para expresar sus sentimientos que pretenden tener carácter social. En *La voz del camino* ensaya su ingenio en un metro que por lo breve se aproxima al Hai-kai; por lo breve constituye lo mejor del libro. En *El hombre y su país*, el tono, que pretende abarcar todos los géneros, es el obligado para cantar a la tierra natal y a la raza. Termina el libro en *Versos verticales*, que quizás llama así por su composición tipográfica. En suma, un sentido mayor de autocritica hubiera favorecido al libro, a los lectores.

C. V.

JOSÉ FALCONI CASTELLANOS, *Padre Hidalgo*. Biblioteca de Autores Chiapanecos. Tuxtla Gutiérrez, 1953. 36 pp.

Los juegos florales y los concursos poéticos han degenerado entre nosotros en mero ejercicio ripioso y *colorinesco*. Casi es lícito afirmar que los versificadores que a estos menesteres se dedican carecen de auténtico impulso lírico, de trascendencia. Si a lo anterior se añade que la "poesía cívica" plantea una problemática de muy difícil solución para los poetas de la hora actual, resulta fácil comprender por qué Falconi Castellanos naufraga en este poema. El tratamiento que le da a la materia con que trabaja parece más de arenga popular que de juicioso poema.

Dos consuetudinarios machotes para iniciar cierta clase de poemas son usados por Falconi. Este uso que se ha trocado en abuso pudo resultar operante cuando respondía a la necesidad de marcha del poema, mas Falconi los usa no como necesidad sino como fórmula; su manera de adjetivar adolece del mismo defecto. Se puede decir, en términos generales, que su vocabu-

lario no añade nuevos sentidos de sugerencia a las palabras; el valor de éstas es de lenguaje habitual, de diccionario.

E. C.

ADALBERTO ORTIZ, *Tierra, són y tambor (cantares negros y mulatos)*. Publicaciones de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas. Guayaquil, 1953. 108 pp.

Adalberto Ortiz es ampliamente conocido en México como novelista, cuentista y poeta. La primera edición de este libro se hizo en nuestro país; aquí también se imprimió *Camino y puerto de angustia*, colección de poemas. Tanto en prosa como en verso Ortiz se ha preocupado por comunicar la vida y el mundo que habitan sus paisanos de la región de Esmeraldas: negros, mulatos, ocasionalmente y como punto de referencia, blancos.

El libro está dividido en dos partes, *cantares negros* y *cantares mulatos*. La tónica de ambas partes, aunque inscrita en una única atmósfera, tiene matices distintos, de sangre. Coincidiendo con la línea afroamericana de Guillén y de Palés Matos —la más auténtica y la más lograda en esta clase de poesía— Ortiz consigue poemas de hermosa factura. Sus temas abarcan desde la *jitanjáfora* —máximo de sonoridad, mínimo de significación— hasta el poema ahito de ideas sociales; desde la canción de cuna hasta el romance del *hombre muerto*; del *golgorio* al trabajo; del sueño a la vigilia en el *antojo* afectivo de una muchacha negra.

Ortiz adapta el romance tradicional, octosílabo, blanco, a las exigencias de una poesía negra, novedosa, pletórica de combinaciones fonéticas. A las obligadas asonancias del romance añade en los versos alternantes no rimados terminaciones agudas, poniendo en juego todas las vocales.

En síntesis un poeta bien dotado y un excelente libro de poemas.

E. C.

RAÚL LEIVA, *Oda a Guatemala y otros poemas*. Ediciones Saker-Ti. Guatemala, 1953. 234 pp.

Raúl Leiva desde sus comienzos se caracterizó por una posición responsable y enterada frente a la poesía. Supo conjugar lo universal y lo americano, nota esta última que llega a su madurez con *Mundo indígena*. El individualismo egoísta nunca se dió en él, por el contrario, toda su obra la preside la solidaridad con el destino de su pueblo; mas este apego a los suyos se manifestaba como sustentáculo, como raíz que nutría sus creaciones. Esta misma tendencia, ahora tendenciosa porque demuestra en vez de mostrar —como es la finalidad de todo poema—, se ve mermada desde el punto de vista estético en este libro. Leiva propende en *Oda a Guatemala y otros poemas* al justo alegato, al fiel documento histórico. Sus poemas son especie de sintéticos capítulos e incisos líricos de la gesta revolucionaria de su país: *el origen, la conquista, la independencia, la revolución, reforma agraria, el futuro*, que a su vez se subdividen en fechas, actos y hombres que dieron brillo u oscuridad a cada periodo. Este libro más que abonarse a la conducta ascendente del poeta, se lo abonamos al hombre íntegro, al servidor de la patria nueva.

E. C.